

Dos siglos de pintura colonial colombiana

de **EDUARDO MENDOZA VARELA**

Ediciones "Sol y Luna" - Bogotá, 1966

Escribe: RAMIRO CARRANZA

El libro **Dos siglos de pintura colonial colombiana** de Eduardo Mendoza Varela, edición financiada por "Celanese", es un aporte a un campo de nuestra cultura casi abandonado. Son poquísimos los libros que se ocupan de tan apasionante tema; ya que los colombianos, generalmente, carecemos del más mínimo interés por nuestras cosas, sobre todo, si se trata de arte y por añadidura del pasado. De ese pasado colonial que nos es tan desconocido como si fuese historia de otra tierra y otro pueblo.

Este libro interesará a muchos en la pintura colonial; yo, por ejemplo, desde que leí el ensayo introductorio de Eduardo Mendoza Varela, he dedicado algunas tardes a buscar los cuadros coloniales dispersos en museos, iglesias, alcaldías y universidades. De ello ha resultado el plantearme un problema al que no he hallado solu-

ción convincente ni en los estudios sobre el tema, ni en la contemplación de los cuadros, ni en el imaginar la situación espiritual y material del pintor colonial. De aquella época quedó una inmensa producción pictórica; nunca se ha pintado en América tanto como entonces. Esto nos hace pensar, a primera vista, en un tiempo de florecimiento cultural, de una vivísima imaginación popular encauzada hacia esta particular forma artística. Pero escudriñando un poco se encuentra una grave falla: casi todos los cuadros son copias más o menos imperfectas de estampas venidas de Europa, no se ve en ellos ni siquiera un detalle que nos indique su origen americano. Parece como si la pintura hubiese sido una forma de traer un mundo ya perdido para los criollos y emigrantes. A los personajes pintados los circunda una tierra extraña; lagos cristalinos, prados, lugares

apacibles, fortines o ruinas medievales y paisajes —al fondo— de sierra castellana. ¿Dónde están los vestidos, las fiestas, los juegos, los carruajes, las casas; y nuestras frutas, árboles, flores ya entonces admiradas por el mundo?; ¿y las montañas de América y los pájaros, dónde están? Nada de esto existió para el pintor de la colonia.

Pero lo importante de este fenómeno no es a quién se imite —en aquella época la pintura española, italiana y flamenca— sino por qué imita un hombre a cuyo alcance están tantas formas armoniosas nuevas; un hombre americano que descubre y lucha con un mundo nuevo; y que además es un devoto de la imagen, de lo aparential, como lo demuestran, entre otras manifestaciones culturales, el barroco americano y el modernismo.

Eduardo Mendoza Varela señala como causa principal de la falta de originalidad, las normas dadas por la Iglesia, entonces casi el único mecenas del pintor. En verdad era una reglamentación severa que rigió con ligeras diferencias en España y sus provincias de ultramar, pues se trataba del desarrollo del principio establecido por el concilio de Trento, de que "El arte tiene como único fin a Dios". Referíase a cuestiones fundamentales del dogma como el caso de la representación de la Santísima Trinidad y contenía además prohibiciones sobre cosas totalmente circunstanciales como hábitos de monjes y pinturas obscenas. Jamás ordenó la copia.

Como causa de nuestro problema, la falta de tradición pictórica autóctona, es mucho más grave que

los reglamentos; porque lo americano era una peligrosa aventura estética que solo tuvo quien la emprendiese en el arte de la arquitectura y de la imaginería.

Pero no hemos llegado al fondo de la cuestión; lo dicho, añadiéndole la pobreza, sin duda influyó en la actitud del artista pero no es suficiente para anular sus necesarias iniciativas. La razón está en el alma; entendimiento, voluntad y vocación del pintor. No es original, conscientemente. Evita el mundo donde vive negándole expresión artística. El pintor colonial es un copista, se enceguece en su mundo creativo. Al no pertenecer a un tiempo determinado no logra la dimensión intemporal propia del arte. Imita lo foráneo porque ello entonces como ahora debió estar de moda. ¡Qué drama el de un artista que niega a su circunstancias los motivos de su obra!

Gregorio Vásquez, como alguien escribió detrás de uno de sus lienzos "Comulgó, enloqueció y murió: año 1711". Gregorio Vásquez quien pintó en su cuadro llamado "El niño de la espina" el aire que es la luz en los días claros del altiplano; si hubiese roto una de las paredes de la estancia donde sucede el motivo de esta obra, sin duda hubiera entrado genialmente a la pintura americana, ya no colonial, nuestra asombrosa geografía y sobre ella el pueblo.

Lástima que en la introducción a este libro, tan erudito y ameno, Eduardo Mendoza Varela, animoso y paciente escritor, cuya pasión por el arte colonial es conocida, no se esforzase para añadir al problema de la pintura colonial que tanto lo

necesita, algún otro elemento de juicio a los descubiertos anteriormente.

El trabajo litográfico es bastante deficiente, lo que se nota más en las láminas a todo color en las que los colores aparecen falseados por inexplicables reflejos y arrugas en el lienzo.

Sin embargo de estos defectos, el libro **Dos siglos de pintura colonial colombiana** logra dar al lector una imagen certera de lo que fue una época, como dice Jaramillo Giraldo en su estudio de la pintura en Colombia "plena de encantos y de un pueblo que quiso vivir rodeado de belleza así fuera lamentablemente interpretada".